

da de piedra, que tiene cerca de un metro de altura, y dividido el interior en dos capillitas paralelas, separadas por tres gruesos pilares macizos y dos arcos. La primera, subiendo por la escalera dicha, que es la de la izquierda, y pertenece á los griegos, contiene en el fondo un rico altar sobre el agujero mismo en el cual estuvo plantado el árbol de la cruz donde expiró el Redentor del mundo. El sagrado orificio está circuido de una plancha de plata que permite la introducción de la mano y del brazo hasta tocar la misma roca que contuvo la Cruz del Salvador de los hombres. Dos metros hacia atrás, á derecha é izquierda del altar se advierten, marcados con piedras circulares, los sitios donde estuvieron las cruces del bueno y mal ladrón. Al lado de la epístola, y á través de una placa con reja de plata, se ve y puede tocarse la hendidura milagrosa, abierta en la peña del Calvario por el terremoto que se produjo inmediatamente después de haber expirado el Redentor del mundo. Debajo del arco que separa esta capilla griega de la católica de la derecha, está el pequeño altar del *Stabat Mater*, precisamente sobre el lugar mismo donde María Santísima recibió en los brazos el cuerpo adorable de su divino Hijo al ser bajado de la cruz. En el fondo de esta segunda capilla se encuentra el altar conmemorativo de la crucifixión del Señor, con un hermoso lienzo semicircular que representa tan patética escena. Delante de este altar un mosaico cuadrilongo marca el lugar preciso de la crucifixión del Señor. Más atrás, entre el mosaico dicho y la escalera latina, un rosetón, colocado en el pavimento, indica el lugar mismo sobre el cual Jesús fué despojado de sus vestiduras. Una ventana enrejada, abierta en el muro de la derecha, permite ver desde la iglesia del Calvario la ya nombrada Capilla del Pasmó.

En los subterráneos de la iglesia del Calvario vimos ya se puede visitar la capilla de Adán.

Correspondiendo perfectamente con lo que significan y con los recuerdos que despiertan, el Calvario y el Santo Sepulcro, principales santuarios de esta basílica, ofrecen entre sí hermoso contraste.

La capilla del Calvario, escribe nuestro distinguido amigo D. Jaime Nogués en su *Reseña*, es obscura como si allí reinaran todavía las tinieblas que al expirar el hijo de Dios envolvieron la tierra; sus bóvedas pesadas y bajas parece que obligan á las frentes pecadoras á humillarse ante el ara de la cruz de nuestra redención. Por el contrario la rotonda del Santo Sepulcro está inundada de luz que desciende de lo alto de la cúpula, la cual, ascendiendo á grande altura, parece que quiere formar hasta dónde alcanza el poder del hombre una nave que encierre el espacio recorrido por Jesucristo al volver triunfante á la gloria. Los infieles,

añade justamente el mismo escritor, han podido robar los tesoros con que en otros tiempos enriqueció á esta basílica la piedad de los cristianos, y destruir su primitiva belleza; pero no han podido, no podrán jamás borrar de ella los sentimientos que infunde en el alma de los creyentes.

En efecto: hace pocos años el Padre Patricio Chanviere estaba encargado del sermón que, durante el *Via-Crucis*, se predica en el lugar de la plantación de la cruz; desarrolló con grande elocuencia los beneficios de la Redención y el tema dolorosísimo de la ingratitud de los hombres, y por fin exclamó: «Pero ¿qué necesidad tengo yo de hablar en este lugar en que todo os habla, la tierra que tembló y las rocas que se hundieron, y la naturaleza entera que se vistió de duelo?»

Hubo un movimiento en el auditorio; todos los corazones estaban conmovidos.

Estos sentimientos suben de punto y dejan en el corazón aun más si cabe imperecedero recuerdo cuando se han experimentado en las solemnes funciones con que en la basílica celebran los católicos la Semana Santa. La procesión del Viernes, sobre todo, en que la imagen del Señor es alzada en cruz en el Calvario, descendida luego de su suplicio para ser incensada y perfumada en la Piedra de la Unción y depositada en el mármol del Santo Sepulcro, va acompañada de la consternación y del llanto de la mayor parte de los asistentes. Las pláticas que se pronuncian en las diferentes estaciones suelen ser en español é italiano, y M. Poujoulat, que describe la imponente ceremonia, pondera la magnificencia y belleza de los ornamentos de terciopelo negro, bordado de oro, que para la misma sirven, regalo hecho en el año 1819 por el rey de España, cuyas armas brillan en las sagradas vestiduras.

El Viernes Santo se practica con mayor solemnidad el santo ejercicio del *Via-Crucis*, asistiendo á él los Religiosos de San Salvador, los fieles latinos y todos los peregrinos católicos. A la una de la tarde da principio al santo ejercicio. No entraremos aquí en detalles de esta augusta ceremonia, puesto que hemos hablado de ella en otro lugar.

Fr. Liévin ha trazado brevemente, pero con la exactitud que le es propia, lo histórico de todas las estaciones, señaladas aquí por piedras brutas, allí por montones de escombros, en otro lado por groseros mojones que indican bien á las claras que no son las grandezas ni príncipes los que por aquí han pasado.

He aquí como la reseña una ilustre asistente al más conmovedor de los ejercicios de la piedad cristiana: «En medio de la emoción general, dice, un franciscano de la provincia de Francia, llamado P. Ugolino, hizo una exhortación sobre cada uno de los misterios de la Cruz, y termi-

nó delante del templete del Santo Sepulcro con estas elocuentes palabras: — Vuestras almas se convierten al comulgar en sepulcros de Nuestro Señor. A semejanza de éste ante el cual estamos, ellas deben ser también *sepulcros nuevos*, es decir, sin mancha alguna, y labrados en la *roca* por vuestra firmeza en el servicio divino. La fuga de las ocasiones, la desconfianza de vosotros mismos y la confianza de Dios, deben ser la piedra que cierre estos sepulcros, y de esta suerte vuestras almas resucitarán un día con Cristo y volarán gloriosas á la patria celestial. ¡Esta es la gracia que ardientemente os desea un pobre misionero á quien jamás volveréis á ver! » La abnegación iba á llevar muy pronto al padre Ugolino á las inhospitalarias regiones de la China.

» A las tres, continúa diciendo Mad. Sodar de Vaules, se reúnen de nuevo nuestros religiosos para el oficio de las tinieblas, y el profeta de Anathot hace oír sus más bellas y desgarradoras lamentaciones. Desgraciadamente estas santas y lúgubres armonías se pierden hoy entre el ruido ensordecedor de un vaivén continuo de heterodoxos.

» A las siete, tiene lugar la última, la más popular y patética de todas las ceremonias del Viernes Santo. Su objeto es representar el descendimiento de la Cruz y Sepultura de Cristo. El concurso es siempre tan grande, que jamás deja de suceder algún desagradable accidente. — No vayáis, nos decían algunos de nuestros amigos, que corréis peligro de ser asfixiados. — Pero ¿cómo podríamos resistir á nuestra piadosa curiosidad?

» Cuando llegamos al Santo Sepulcro, habían ya invadido la iglesia más de cuatro mil personas. Ni una galería, ni un pilar, ni un ángulo siquiera dejaba de estar ocupado. Era aquello una barahunda, una confusión indescriptible y un ruido semejante al mugido del mar. Allí se pegaban, injuriaban de palabra; y los niños derribados por tierra y pisoteados, lloraban á grandes gritos. Nosotros avanzamos hacia el Calvario, en donde los rusos, á manera de rebaño, se habían encerrado con anticipación. Media hora después llegaron los soldados turcos que los arrojaron de allí despiadadamente, aunque no sin trabajo y sin usar con los más recalcitrantes el palo y la culata del fusil, porque el estrecho paso del Gólgota debía quedar esta tarde para los católicos.

» Se dió principio á la ceremonia en la capilla de la Aparición, en donde un franciscano dispuso á la muchedumbre mediante un discurso en lengua italiana. Terminado aquél, se ordenó la procesión en esta forma: precedía á todos la Cruz, seguidos de los niños de coro revestidos de ropones encarnados y sobrepellices; iban después los Religiosos en dos filas, con velas en las manos, y á continuación el Custodio, re-

vestido de una capa magnífica y de un velo negro bordado en oro y cubierto además con la mitra pontifical. Inmediatamente después, el cónsul de Francia con todo su séquito; después los viajeros de Europa, hombres y mujeres, en traje de duelo; y, finalmente, los fieles del país. El cortejo fué desplegándose por el sagrado recinto, parándose en todos los santuarios señalados por algún recuerdo de la pasión. Los Franciscanos predicaban en todas las lenguas, como para atestiguar que el Divino Crucificado reina sobre toda la tierra. Durante la marcha de la procesión, los Religiosos cantaban en tono lúgubre y pausado los Salmos Penitenciales, alternando sus versos con los del *Stabat Mater*.

» Al fin se sube al Calvario, en donde tiene lugar la *deposición* de la Cruz. Después del sermón preparatorio, de que se ha hablado, se predicó otro muy acentuado y fervoroso en la capilla de la Crucifixión, por un Padre alemán, en su propio idioma. El del lugar de la plantación de la Cruz fué confiado á un sabio sacerdote de París que acababa de tomar el hábito de San Francisco.....

» Terminado el discurso, y habiendo colocado el crucifijo en el lugar mismo en que fué plantada la Cruz del Salvador, subió un Religioso á la escalera y pasó una banda por debajo de los brazos de Cristo, mientras que otro le quitó devotamente la corona de espinas. Después se procedió al desenclavo de las manos y los pies mediante una tenaza, y el cuerpo fué bajado con precaución y colocado sobre un paño mortuario... ¡No parecía sino que se asistía verdaderamente á la terrible escena que ensangrentó el Gólgota hace diez y nueve siglos!

» La procesión volvió á ponerse en marcha para llegar á la piedra de la Unción. Cuatro Religiosos llevaban el Cristo de la misma manera que se lleva un muerto al sepulcro. Seguía otro con la corona de espinas y los clavos sobre una bandeja de plata.

» La bajada de la santa montaña fué mucho más difícil aún que la subida. Un ardor contagioso precipitaba hacia la estrecha escalera que conduce al interior de la basílica, doscientas, trescientas, cuatrocientas ó más personas, cuando apenas pudieran bajar tres individuos pareados. Por fortuna nuestra, seguimos de cerca al cónsul de Francia, y sus canases nos protegieron preservándonos de ser aplastados.

» Vednos ya en la Piedra de la Unción. Todo estaba preparado para la sepultura; el mármol se hallaba cubierto con un blanquísimo lienzo sumamente fino; cada ángulo estaba adornado con un vaso, de donde salía el humo adorífero de los perfumes. El cuerpo de Jesús, envuelto en un sudario, fué allí depositado con la cabeza apoyada sobre un cojín ricamente bordado en oro. El celebrante lo incensó primero y lo roció

después con esencia de rosas, mientras que repetía el coro las estrofas del *Stabat*. Cesaron inmediatamente los cánticos y se estableció el más profundo silencio. Entonces el cura de Jerusalén, subido sobre el zócalo de uno de los pilares cercano á la puerta del templo, pronunció un discurso en lengua árabe, al que la gente prestó grande atención.

» Terminado este sermón, la procesión avanza hacia la rotonda iluminada con profusión tal que parece ser de fuego. Después de haber dado la vuelta, se depositó en el verdadero Sepulcro el cuerpo de Jesús, poniendo fin á estos sublimes funerales, á eso de las once, el último discurso en lengua española ».

Tal es, en compendio, la imponente ceremonia renovada cada año en el día del Viernes Santo por nuestros Religiosos. ¿Qué espectador no se conmoverá al contemplarla? Millares de disidentes é impíos hanse convertido al catolicismo en esta circunstancia, haciendo comprender que las áridas doctrinas de los protestantes, llenas de rabia contra las ceremonias de la Iglesia Romana, no pueden soportar el brillo extraordinario de nuestro culto, tan patético como majestuoso.

En la historia del mundo no es posible hallar días más tristes que aquellos durante los cuales permaneció Cristo en el Sepulcro. Es que el mundo moral está como en suspenso y la verdad espera para resucitar como el supremo testimonio de un Dios. Retírase la losa que cierra el Sepulcro, sale Cristo vencedor de la muerte, y el hombre, que está de luto, eleva al cielo un triunfo de alegría y entona el sublime *aleluya* al rededor del recinto sagrado.

El oficio de este día se celebra con solemnidad, diferenciándose muy poco de lo que se practica en nuestras iglesias de Occidente.

Mis lectores habrán oído hablar sin duda de la ceremonia llamada del *fuego sagrado*, que los griegos celebran en la basílica el día del Sábado Santo; de la sacrilega comedia representada por sus mismos sacerdotes, de los clamores escandalosos del pueblo, de las danzas, de las rondas, de la embriaguez ó locura que se apodera de todos ellos cuando el supuesto *fuego sagrado* comienza á brillar al rededor de la Sagrada Tumba. Esta ceremonia es unánime y justamente reprobada por cuantos autores han escrito sobre Jerusalén. Asisten á ella gran multitud de peregrinos de Grecia, del Asia Menor, de Egipto, Armenia y Rusia, y por lo común comienzan, después de medio día, apagadas antes todas las lámparas. El patriarca griego, seguido de su clero y del armenio cismático, cofto y sirio, da tres vueltas al rededor del templete del Santo Sepulcro entonando cánticos; en seguida penetra sólo en el monumento, mientras que la multitud que llena el templo, parte de la cual ha pa-

sado en él la noche para ocupar los mejores sitios, se agita é invoca al Señor con grandes voces. De pronto preséntase el patriarca con un cirio encendido en la mano, al tiempo que por dos agujeros practicados á este efecto en el edículo desde la reconstrucción de 1808 véanse asomar dos llamas del fuego descendido del cielo. Estruendosa aclamación llena las bóvedas; la multitud se empuja y precipita queriendo todos ser los primeros en encender en ellas la vela que cada peregrino lleva en la mano, y en breve la iglesia, vista desde las galerías superiores, se convierte en un mar de luces. El patriarca y los demás celebrantes, revestidos con magníficos ornamentos, dan de nuevo comienzo á su procesión circular, hasta que al fin, hecha la señal por un empleado turco, apáganse los cirios, se abren las puertas, el gentío va saliendo y se restablece el silencio.

De las desgracias ocasionadas por las apreturas y la confusión, la más desastrosa es la que ocurrió en el año 1834. A más de seis mil almas se hace ascender el número que ocupaba la iglesia en el momento en que se armó el anual tumulto; los guardias, creyéndose atacados, repartieron sablazos entre aquella gente indefensa, quedando sin vida unas trescientas personas.

VII

Todas las comuniones cristianas, y también los judíos y musulmanes, tienen en Jerusalén sus correspondientes hospicios para recibir á los peregrinos de sus respectivas religiones. El más grande es el de los griegos cismáticos, donde, aunque hacinados, se hospedan á veces millares de peregrinos. Los católicos que no encuentran hospedería de su propia nación, son recibidos en Casa-Nova, alojados y mantenidos gratis durante quince días. Excepto Austria, no hay noticia de que nación alguna católica tenga hospedería propia en Jerusalén. Terminada la quincena, se advierte al peregrino con finura, que puede continuar su expedición; y, excepto los pobres de solemnidad, todos hacen alguna limosna en cambio de la manutención y hospedaje recibidos. Oí decir que la Junta de la segunda peregrinación española á los Santos Lugares entregó á los Padres Franciscanos por vía de limosna remuneratoria, cinco francos diarios por cada peregrino. Escribe un ilustre peregrino: « Consigno con gusto que el trato de que hemos sido objeto, vale mucho más (de cinco francos diarios), y que en las fondas de Jerusalén nos hubiese costado lo menos de 10 á 12 francos diarios ». Esto explica